

Nairobi, 7º Foro Social Mundial

A pesar de las frágiles estructuras de transporte y comunicación de las que adolece la casi totalidad del África subsahariana, urgía celebrar un Foro Social Mundial (FSM) en el continente más pobre. El mismo Juan Pablo II había comparado la situación de África con la del hombre que, en la parábola de S. Lucas, es asaltado por ladrones que le despojan de todo y se alejan de él dejándolo medio muerto. El acto inaugural, celebrado el 20 de enero pasado, quiso llamar la atención sobre las dramáticas condiciones de vida de la mayor parte de la población africana. Consistió en una marcha desde el gigantesco suburbio de Kibera (el mayor de los 200 barrios marginales de esta ciudad, que albergan a más de 2,5 millones de personas en apenas el 5% de la superficie de la capital keniana) hasta el centro de Nairobi. No faltó entusiasmo ni colorido (incluidos camellos y abundante percusión). Pero de los 50.000 participantes en el Foro, sólo unos 10.000 pudieron tomar parte en dicha marcha por la escasez de medios de transporte.

Ante la incapacidad de los hoteles de la ciudad para alojar a tanta gente, muchos de los participantes fueron hospedados por familias kenianas; según cifras de los organizadores antes del evento, más de 35.000 personas tenían garantizado su alojamiento por este sistema. A pesar de ello, una de las principales críticas a los organizadores fue que el precio para participar en las actividades (siete dólares) era extremadamente alto para los kenianos. Un incidente significativo tuvo lugar el día 24: un grupo de

«niños de la calle» irrumpió en el recinto donde se estaba celebrando el Foro y se abalanzó sobre las mesas de comida y bebida. Dos simples «anécdotas» dentro de la actual globalización excluyente, que golpea sobre todo a África. No extrañan, en este contexto, las palabras de Njuguna Mutaki, uno de los organizadores, al fin del Foro: «*Para nosotros ha sido un gran desafío logístico; pero ha transcurrido sin desastres mayores: sólo pequeños problemas*».

Entre los participantes se encontraban el arzobispo anglicano Desmond Tutu, Premio Nobel de la Paz, que tanto contribuyó a la reconciliación de la sociedad sudafricana tras el derrumbe del régimen segregacionista; la keniana Wangari Maathai, también Premio Nobel de la Paz por su colaboración al desarrollo sostenible, a la democracia y a la paz, y ex primer Decano de la Universidad de Nairobi; el ex presidente zambio Kenneth Kaunda; la escritora y política maliense Aminata Traore; y la ex Alta Comisionada de la ONU para los derechos humanos y ex presidente de Irlanda, Mary Robinson.

¿Para qué sirve el Foro Social Mundial?

Desde sus inicios (Porto Alegre, 2001), el FSM pretende ser «un espacio de encuentro que favorezca la construcción internacional de alternativas al pensamiento único liberal». De ahí el eslogan que le sirve de bandera: «*Otro mundo es posible*», distinto del mundo que hoy se presenta como el único posible («*No hay alternativa*», Margaret Thatcher *dixit*).

Es la razón por la que el FSM se celebra siempre en enero coincidiendo con el *Foro Económico Mundial* (FEM), que reúne a jefes de Estado y directivos de empresas en la ciudad suiza de Davos. El mensaje de tal coincidencia es claro y fue explicitado en Nairobi por Ongwe, uno de sus líderes, con las siguientes palabras: «*El FSM envía un firme mensaje a Davos de que el mundo no puede girar sólo en torno a inversiones y beneficios. La mejor de las inversiones es invertir en personas y en un uso sostenible de los recursos. Ellos hablan de comercio y capital, pero tienen que pararse a pensar en los efectos sociales de sus políticas*».

La oposición del FSM al «pensamiento único liberal» puede sonar a obsesión trasnochada. Efectivamente, el liberalismo «puro y duro» está en parte superado en los países ricos, en los que las leyes e instituciones de carácter social intentan corregir los abusos creados por el excesivo protagonismo de los flujos monetarios. Pero tal cosa no sucede a escala mundial, como lo prueban los enfrentamientos sin acuerdo que se repiten en las cumbres de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Mientras, en el día a día, sigue en vigor la ley del más fuerte. A este respecto, es obligatorio recordar que la

Doctrina Social de la Iglesia ha condenado reiteradamente el liberalismo económico, que actualmente goza de tan buena prensa en los países desarrollados.

Recientemente, Joseph Stiglitz, Nobel de Economía, se ha pronunciado también contra la orientación liberal de la presente globalización en «*El malestar de la globalización*» (Punto de Lectura, 2007). A su entender, «la globalización, tal y como ha sido impuesta, impide alcanzar el necesario equilibrio». No cree ya posible desandar el camino, como si la globalización nunca hubiera existido. Sin embargo, este economista keynesiano propone un ambicioso plan de acción con vistas a una nueva globalización de la que todos puedan aprovecharse. Un plan que, en resumen, consistiría en devolver a las instituciones públicas nacionales e internacionales el lugar que les corresponde en la regulación de la economía, y en un nuevo desarrollo del derecho internacional a través de la democratización de las organizaciones internacionales. Como el FSM, Stiglitz está convencido, pues, de que «*otro mundo es posible*».

De las protestas a las propuestas

En Nairobi era preciso llamar la atención sobre el hecho de que 34 de los 50 países «*menos avanzados*» del mundo se encuentran en África y que el 54% de este continente vive con menos de un dólar diario. Y aunque Nairobi careciera de la capacidad de acogida de Porto Alegre (donde se habían celebrado los tres primeros Foros, además del quinto, y se había llegado a superar la cifra de 100.000 participantes) o de Mumbai, donde se celebró el cuarto, Nairobi permitía una mayor presencia de africanos, que no habían podido desplazarse a otros continentes (sólo 50 africanos pudieron tomar parte en el primer FSM) y, al mismo tiempo, un mayor intercambio entre las mismas organizaciones sociales del continente.

La agenda de Nairobi incluía temas que, por sí solos, constituían una prueba de la madurez de muchas organizaciones sociales africanas: paz y conflictos bélicos, degradación ambiental, derechos humanos, jóvenes, situación de las mujeres, migraciones y diáspora, acceso al agua potable, acceso a la vivienda, lucha contra el sida, deuda externa, los desposeídos de la tierra, privatización de los bienes comunes, violencia sexual, «soberanía alimentaria», alimentos transgénicos, comercio internacional justo, entre otros.

La consulta preparatoria para el FSM 2007 destacó sobre todo la siguiente pregunta: «¿*Qué puedo hacer yo?*». Y en los cinco días que duró el Foro,

se presentaron en torno a 1.200 iniciativas dentro de los 21 espacios temáticos. La sociedad civil africana estaba dando pruebas de madurez, bastante por encima —desgraciadamente— del nivel de madurez de muchos de sus políticos. Una representante de la «Red de Comunicación y Desarrollo de Mujeres Africanas» habló también de la necesidad de cambiar de mentalidad para moverse desde el *ONGismo* hacia la construcción de verdaderos movimientos ciudadanos.

El Foro de Nairobi concluyó con la presentación de una serie de iniciativas que la experiencia avalaba como exitosas y con un relanzamiento de los *Objetivos del Milenio* y de la campaña de la ONU contra el hambre. No publicó ningún documento final, limitándose a su propio cometido de proporcionar un espacio en el que todos pudieran presentar palabras nuevas. Patricia Sentinelli, viceministra de Exteriores de Italia, calificó el Foro de Nairobi de «*excepcional y todo un éxito*», e hizo un llamado a los políticos a dar una respuesta a los problemas allí planteados.

Seis años después del primer FSM, se palpó la necesidad de superar la pura crítica y de ofrecer propuestas concretas a las masas empobrecidas. Criticar continuamente al Banco Mundial —decían— no cambia nada: hace falta una nueva estrategia. De hecho, el PIB ha crecido en el África subsahariana en torno al 5% en 2005 y 2006 y apunta hacia un 6% en 2007. Ello a pesar de que se trata de economías extractivas, dependientes y, por tanto, frágiles, incluidas las exportadoras de petróleo (Angola, Congo-Brazzaville, Guinea Ecuatorial, Nigeria y Sudán). Además, sólo reciben el 1% de la inversión extranjera mundial.

África como telón de fondo

En Nairobi no era posible olvidar la realidad de miseria que rodeaba al Foro, ya en los mismos suburbios de la moderna capital de Kenia: los campesinos y los que han huido a las mastodónticas ciudades del continente, muchos de los cuales no ven otra salida a su situación que la de emigrar a los países ricos; una salida inevitable, tanto desde África como desde Europa, para el continente más golpeado por la actual globalización.

Baste, como ejemplo de esta globalización, la supresión en Costa de Marfil del órgano estatal que regulaba la comercialización del cacao, la principal exportación de este país que figuró durante largos años como primer exportador, por imposición del FMI y del BM. No sorprende, pues, que por aquellas mismas fechas de enero, en Davos, Klaus Schwab, fundador del FEM,

al mismo tiempo que afirmaba que «*la economía marcha bien*», reconociera que «*los riesgos y los desequilibrios son numerosos*» y que «*estamos confrontados con un mundo esquizofrénico*».

La alimentación —y, por tanto, la agricultura— es sin duda el principal de los problemas de África, aunque el sida resulte más dramático y espectacular. Además, una gran parte (entre el 60 y el 80%) de la población es rural. La producción alimentaria sólo ha aumentado un 2,6% entre 1996 y 2005 (en el conjunto de los países en vías de desarrollo —PVD—, un 3,3%). El riego sólo beneficia al 3,5% de las tierras cultivadas (contra el 22,4% en los PVD) y el empleo de abonos era de 13,4 kg/hectárea (contra 115 en los PVD).

En 2001–2003, la población de esta región africana sólo consumía 2.260 kilocalorías por persona y día (la progresión ha sido solamente de un 0,37% en diez años (para el conjunto de los PVD, las cifras correspondientes son 2.660 y 0,49%). Otros factores negativos son la herencia colonial del monocultivo, las guerras y sequías de repetición, las carreteras en pésimo estado, un mercado interno muy limitado, la falta de créditos y tecnología, y la falta también de formación en técnicas agrícolas. La emigración agrava esta situación privando a la agricultura —y a todo el sector rural— de los mejores brazos y de las mentes con más capacidad de iniciativa (la emigración interior es diez veces superior a la exterior).

Acerca de la ayuda alimentaria, una vez más, se recordó en Nairobi que, en general, constituye un obstáculo al desarrollo agrícola y, por tanto, a la alimentación. Para empezar, un tercio de ella se pierde antes de llegar a destino. Y, sobre todo, las donaciones terminan haciendo una competencia desleal a los productos locales, desanimando a los productores locales.

De hecho, estos países, los más vulnerables del mundo, son también los más abiertos al mercado mundial. Según Henri Rouillé d'Orfeuil, presidente de la red de ONG «Coordinación Sur», «*en otras latitudes, se observan derechos de aduana del 50 al 80%*».

La FAO propone, como fórmula más práctica, distribuir dinero o cheques —comida que sirvan para comprar alimentos en los mercados locales. En el caso de los EE UU, una tercera parte de su ayuda a África es en forma de alimentos y la mitad de este monto se destina a gastos de transporte.

Un tema que pronto saltará a los titulares de los periódicos es el de los acuerdos comerciales de Europa con 77 países de África, Caribe y Pacífico

(ACP). La UE está negociando, para que entren en vigor en 2008, los llamados **Acuerdos de Asociación Económica** (EPA, en inglés): un caso más de ciertas relaciones que, so capa de ayuda, terminan perjudicando a los «beneficiarios». Por ello, un grupo de participantes en el FSM entregó en la sede de la Comisión Europea de Nairobi un manifiesto con 30.000 firmas contra dicho acuerdo. Según John Ochola, de la *Red para el Comercio en África*, «los EPA requerirán que África abra sus fronteras y elimine los aranceles sobre productos y servicios procedentes de Europa. Esto sólo beneficiará a las empresas europeas, pues muchas de las nuestras no están en condiciones de competir». Además de crear «un tablero de juego desigual», al dejar entrar productos europeos subvencionados (en consecuencia, muy por debajo de su precio real de producción), la pérdida de ingresos por el cobro de aranceles mermará las arcas públicas de los ACP. Según Carlos Galián, de Intermón-Oxfam, «el gobierno español no ha hecho pública su postura al respecto, y ni siquiera en el *Plan África* clarifica su posición sobre estas negociaciones comerciales; eso es preocupante».

Finalmente, ¿qué ha aportado el Foro de Nairobi? Se ha hablado de «resultados modestos». Es cierto. Pero tampoco se pretendía otra cosa. Este Foro, al contrario del de Davos, no convoca a políticos en el ejercicio del poder. No se trataba, pues, de tomar medidas ejecutorias, sino de intercambiar ideas y proyectos. En este sentido, el FSM contribuirá a dar respuesta a muchas necesidades de la población, que no cubren los gobiernos. Además de sensibilizar a la opinión mundial sobre la grave situación de la mayor parte de la humanidad. ■